

¿Habría, por ventura, un cantar de gesta que tuviese por único tema el vencimiento y muerte de este rey pagano, y al cual se añadiese luego el episodio de amor, que ya se cantaba en Provenza en 1210, fecha del poema de la *Cruzada contra los Albigenses*:

Ara aujatz batalhas mesclar d'aital sensblant
C'anc non ausitz tan fera des lo temps de *Rotland*,
Ni del temps Karlemaine que venquet Aigolant
Que comquis *Galiana* la filha al rei *Braimant*
En Espanha de *Galafre*, lo cortes almirant
De la terra d'Espanha?

De este modo se gana un siglo en el proceso cronológico, pero todavía quedan en pie dos reparos a que no encuentro salida. Uno es la existencia de los fragmentos del poema francés, que la crítica más autorizada coloca en el siglo XII, y en los cuales la leyenda aparece, no ya enteramente formada, sino groseramente degenerada. Otro es la dificultad de suponer que un poeta castellano, tratándose de hechos no muy remotos, atribuyese a Carlomagno los que eran propios de un héroe nacional como Alfonso VI. Tal hipótesis parece que contradice al carácter dominante de nuestra epopeya, y además vemos que en tiempo de Alfonso el Sabio coexistían independientes la leyenda de Zaida y la de Galiana, puesto que es la *Crónica General* quien nos transmite una y otra. Quede, pues, indecisa esta cuestión, que acaso nuevos descubrimientos vengan a resolver el día menos pensado.

Mucho menos nos detendrá, a pesar de su extensión desmedida, el segundo texto castellano del *Maynete*; es a saber: el que se encuentra embutido, como otras fábulas caballerescas que iremos enumerando, en la enorme compilación historial relativa a las Cruzadas, que se tradujo en tiempo de D. Sancho el Bravo con el título de *La gran conquista de Ultramar* (1). Aunque el original francés de este libro no ha sido descubierto hasta ahora, todo induce a creer que las intercalaciones de carácter novelesco no fueron hechas por el intérprete castellano en presencia de los poemas de los troveros, sino que las encontró ya reunidas en una crónica en prosa que, por otra parte, tradujo con cierta libertad, introduciendo nombres de la geografía de España y mostrando algún conocimiento de la lengua árabe.

La narración de *Maynete*, que según el sistema general de *La gran conquista* aparece con ocasión de la genealogía de uno de los cruzados, a quien se suponía descendiente de Mayugot de París, supuesto consejero de Carlomagno, va precedida de la historia de Pipino y Berta, hija de Flores y Blancaflor (que en los relatos franceses son reyes de Hungría y aquí reyes de Almería), y seguida de la indicación más rápida de otros dos temas, también del ciclo carolingio: el de la falsa acusación de la reina Sevilla, a quien el autor de la *Crónica* identifica con Galiana, y el de la guerra contra los sajones, cantada en un poema de Bodel de fines del siglo XIII.

Los relatos de la *La gran conquista* se derivan (mediatamente, según creemos) de poemas franceses más antiguos que los conocidos, lo cual puede comprobarse no sólo en el caso de la *Canción de los sajones*, sino en el de la historia de Berta, cotejándola con la

(1) Reimpresión por Gayangos en la *Biblioteca de Autores Españoles*, t. XLIV. Las leyendas carolingias están en el libro II, cap. XLIII. Vid. en el tomo XVI de la *Romanía* el importante estudio de G. Paris, *La Chanson d'Antioche provençale et La Gran Conquista de Ultramar*, y en *Les Vieux Auteurs Castellans*, del Conde de Puymaigre (segunda edición, 1890), el cap. VII del tomo II, que trata extensamente de la *Gran Conquista* y de sus relaciones con la literatura francesa.

que escribió el trovero Adenés. Respecto del *Maynete* puede decirse que ocupa una posición intermedia entre la sobriedad de la *Crónica General* y la complicación de los poemas franceses, no ya del de Gerardo de Amiens y del *Karlete* de Venecia, sino de los mismos fragmentos primitivos, con los cuales tiene alguna relación, especialmente al principio. Cuando comienza la acción ya ha muerto Pipino; la causa del destierro de Carlos es la rivalidad de los hijos de la falsa Berta, cuyos nombres aparecen ligeramente desfigurados, llamando al uno Eldois y al otro Manfre. Aunque Carlos «era muy pequeño, que non había de doce años arriba, empero era tan largo de cuerpo como cada uno de sus hermanos, y porque creciera tan bien é tan aina pusiéronle nombre *Maynete*». El primer ensayo que hace de sus fuerzas es herir a Eldois con un asador el día que se celebraba el juego de la *tabla redonda* y se hacían los *votos del pavón*. Carlos y sus partidarios no se dirigen inmediatamente a España, como en la *Crónica General*, sino que se refugian primero en las tierras del duque de Borgoña y del rey de Burdeos, que en la *La conquista de Ultramar* es moro, y no lo sería probablemente en el texto francés. El redactor castellano altera casi todos los nombres para darles fisonomía más oriental o acercarse más a la que él creía verdadera historia. Al rey de Toledo no le llama Galafre, sino Hixem, del linaje de Abenhumaya; Galafre, o más bien Halaf, queda reducido a la categoría de un simple alguacil suyo. En cambio, Bramante asciende a rey de Zaragoza con el nombre de Abraham. Galiana se convierte en *Halia*, pero su nombre se conserva al tratar de sus palacios, por cierto con detalles locales dignos de consideración; el conde Morante y los treinta caballeros que le acompañan son aposentados por el rey «en el alcázar menor que llaman agora los palacios de Galiana, que él entonces había hecho muy ricos a maravilla, en que se tuviese viciosa aquella su hija Halia é este alcázar é el otro mayor de tal manera fechos, que la enfanta iba encubiertamente del uno al otro cuando quería». Algún otro rasgo parece también añadido por el traductor, verbigracia, el encarecimiento de la ciencia mágica de las moras, «que son muy sabidas en maldad, señaladamente aquellas de Toledo, que encadenaban a los hombres y hacíanles perder el seso y el entender». En algunos puntos sigue muy de cerca a la *General*, y tiene de común con ella los nombres topográficos de Cabañas y Valsomorián, y la estratagema de herrar los caballos al revés, que falta, según creo, en todas las demás versiones; pero al final se aparta de ella, inclinándose a las enmarañadas aventuras de los textos franceses y acabando por confundir la leyenda de Galiana con la de la reina Sevilla.

Ya hemos indicado que *La gran conquista de Ultramar* contiene también la leyenda de Berta, madre de Carlomagno, suplantada por una sierva que fué madre de dos bastardos y reconocida al fin por su esposo Pipino a consecuencia de un defecto de conformación que tenía en los dedos de los pies. El relato castellano es conforme en lo sustancial al poema del trovero Adenés (último tercio del siglo XIII), pero las variantes del detalle indican que el traductor o compilador castellano se valió de un texto más antiguo, y distinto también de la versión italiana, representada por un libro del siglo XIV, *I Reali di Francia*.

La gran conquista de Ultramar, que mirada sólo en sus capítulos novelescos es el más antiguo de los libros de caballerías escritos en nuestra lengua, no tuvo por de pronto imitadores; pero a fines del siglo XIV y en todo el siglo XV fueron puestas en castellano otras novelas del mismo ciclo, siendo probablemente la primera el *Noble cuento del Emperador Carles Mayne de Rroma é de la buena Emperatriz Sevilla, su mujer*, que Amador de los Ríos halló en un códice de la Biblioteca Escorialen-

se (1), y difiere en gran manera de un libro de caballerías posterior sobre el mismo argumento (2), aunque uno y otro se deriven remotamente de un mismo poema francés, que también sirvió de base a un libro popular holandés, según las investigaciones de Wolf (3). Como de la primitiva canción solo quedan fragmentos, tienen interés estas versiones en prosa, además del que encierra la historia misma, que es de apacible lectura, aunque pertenece ya a la degeneración novelesca de la epopeya. Tanto la dulce y resignada emperatriz perseguida por el traidor Macaire y acusada falsamente de adulterio, como el buen caballero Aubéri de Mondisdiér, que muere en su defensa, y el valiente y honrado villano Varroquer, que la toma bajo su protección, son nobilísimas y simpáticas figuras; pero el héroe más singular de la novela es un perro fiel, que combate en el palenque contra Macaire y le vence y obliga a confesar sus crímenes, yendo luego a dejarse morir de hambre sobre la tumba de su señor.

Al ciclo carolingio pertenece también la *Historia de Enrique fi de Oliva, rey de Iherusalem, emperador de Constantinopla* (4), personaje caballeresco que ya era conocido en Castilla a principios del siglo xv, puesto que le cita Alfonso Alvarez de Villandino en unos versos del *Cancionero de Baena*, que por cierto aluden a una aventura no contenida en el libro que hoy tenemos:

Desque Enrique, fi de Oliva,
Salga de ser encantado.

De uno de los personajes de esta novela hizo memoria Cervantes en el cap. xvi, parte primera, del *Quijote*: «¡Bien haya mil veces el autor de *Tablante de Ricamonte* y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del conde Tomillas, y con qué puntualidad lo describen todo!». Aunque el elogio parece de burlas, como tantos otros que Cervantes hace de autores y de libros, pues no hay tal puntualidad en la narración, que es, por el contrario bastante rápida y seca, no puede dudarse que se trata del mismo libro y que Cervantes se acordó del conde Tomillas, personaje secundario en la novela, porque el nombre de este traidor se había hecho popular, pasando a los romances de Montesinos. Los primeros capítulos del *fi de Oliva* ofrecen mucha semejanza con la historia de la reina Sevilla; hay también una gran señora, doña Oliva, hermana del rey Pepino y duquesa de la Rocha, víctima de las malas artes y calumnias de don Tomillas, y obligada a probar su inocencia «metiéndose desnuda y en carnes en una gran foguera». Lo restante del libro contiene las proezas de su hijo Enrique como caballero andante en tierras de Ultramar, donde conquista a Jerusalén y a Damasco, venciendo innumerables huestes de paganos; salva a Constantinopla, asediada por los turcos; se casa con la infanta Mergelina, heredera del imperio bizantino, y volviendo a Francia disfrazado de palmero, prende al alevoso Tomillas, entregándosele a su madre, que con la ferocidad inaudita manda

(1) «Códice en folio mayor, escrito en pergamino, a dos columnas, a fines del siglo xiv o principios del xv, y señalado con el título de *Flos Sanctorum*; tiene la marca h. j. 12.» Lo de *Flos Sanctorum* se le puso sin duda porque comienza con una *Vida de Santa María Magdalena* y otra de *Santa María Egipciana*. Contiene además otras leyendas, que se especificarán más adelante.

(2) *Historia de la Reyna Sebilla*. Eds. de Sevilla, por Juan Cromberger, 1532, y Burgos, por Juan de Junta, 1551.

(3) *Ueber die Wiederangefundenen Niederlandischen Volksbücher von der Königinn Sibille und von Huon von Bordeaux*. Viena, 1857.

(4) Reimpresión por la Sociedad de Bibliófilos Españoles en 1871, con un excelente prólogo de D. Pascual Gayangos. La rarísima edición incunable que sirvió de texto (Sevilla, 1498) se guarda en la Biblioteca Imperial de Viena. Hay otras de Sevilla, 1533, 1545, etc.

descuartizarle por cuatro caballos salvajes. El original en prosa de este libro no ha sido señalado aún, que yo sepa; pero basta fijarse en los nombres de personas y lugares, y en la frecuencia de galicismos, para comprender que el traductor no puso nada de su cosecha. El original remoto es la canción de gesta de *Doon de la Roche* (1), que se atribuye a fines del siglo xii. De todos modos, este libro vulgarísimo, plagado de todos los lugares comunes del género, apenas merecería citarse, a no ser tan escasas en España las obras impresas de este ciclo, cuya flor se llevaron los romances.

Por raro capricho de la fortuna, bien desproporcionado a su mérito, obtuvo, sin embargo, extraordinaria popularidad, que ha llegado hasta nuestros días, puesto que todavía se reimprime como libro de cordel y sirve de recreación al vulgo en los rincones más olvidados de la Península, lo mismo que en las ciudades populosas, el *Fierabrás* francés, disfrazado con el nombre de *Historia de Carlo Magno y de los doce Pares*, del cual se cita ya una edición de 1525, aunque seguramente las hubo anteriores (2). Nicolás de Piamonte, cuyo nombre suele figurar al frente de este libro, no hizo más que traducir la compilación en prosa, hecha a instancias de Enrique Balomier, canónigo de Lausana, impresa en 1478; basta comparar los prólogos y la distribución de los capítulos para reconocer la identidad. «Y siendo cierto que en la lengua castellana no hay escritura que de esto haga mención, sino tan solamente de la muerte de los doce Pares, que fué en Roncesvalles, pareciome justa y provechosa cosa que la dicha escritura y los tan notables fechos fuesen notorios en estas partes de España, como son manifiestos en otros reinos. Por ende, yo, Nicolás de Piamonte, propongo de trasladar la dicha escritura de lenguaje francés en romance castellano, sin discrepar, ni añadir, ni quitar cosa alguna de la escritura francesa. Y es dividida la obra en tres libros: el primero habla del principio de Francia, de quien le quedó el nombre, y del primer rey cristiano que hubo en Francia; y descendió hasta el rey Carlomagno, que después fué emperador de Roma; y fué trasladado de latín en lengua francesa. El segundo habla de la cruda batalla que hubo el conde Oliveros con Fierabrás, rey de Alexandria, hijo del gran Almirante Balán, y éste está en metro francés muy bien trovado. El tercero habla de algunas obras meritorias que hizo Carlomagno, y finalmente de la traición de Galalon y de la muerte de los doce Pares; y fueron sacados estos libros de un libro bien aprobado, llamado *Espejo historial*.»

El *Speculum historiale* de Vicente de Beauvais, el poema francés de *Fierabrás*, y acaso un compendio de la *Crónica de Turpín*, son las fuentes de este librejo, apodado por nuestros rústicos *Carlomano*, que, a pesar de su disparatada contextura y estilo vulgar y pedrestre, no solo continúa ejercitando nuestras prensas populares y las de Épinal y Montbelliard en Francia, no solo fué puesto en romances del ciego por Juan José López, sino que inspiró a Calderón su comedia *La Puente de Mantible*.

La epopeya feudal, que tanta parte ocupa en el ciclo carolingio, tenía para nosotros menos interés que la *gesta del Rey*, y por la diferencia de costumbres y condición social hubo de penetrar muy tardíamente en Castilla, donde ni siquiera está representada por narraciones de directo origen francés, sino por imitaciones de poemas italianos. Por tal

(1) Vid. su análisis en Gautier, *Les Epopées françaises*, II, 260.

(2) *Hystoria del emperador Carlomagno y de los doce pares de Francia; e de la cruda batalla que hubo Oliveros con Fierabras, Rey de Alexandria, hijo del grande Almirante Balan...* Colofón: «Fue impressa la presente hystoria... en la muy noble e muy leal cibdad de Sevilla por Jacobo Cromberger aleman. Acabose a veynte e quatro dias del mes de abril. Año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de mill e quinientos XXV» (ejemplar que poseyó D. José Salamanca).

camino entró en nuestra literatura uno de los más célebres temas carolingios, *Renaus de Montauban*, que pertenece al grupo de los que narran las luchas de Carlomagno con sus grandes vasallos. La versión más arcaica que hasta ahora se conoce de tal leyenda es de fines del siglo XII o principios del XIII, y ha sido atribuída con poco fundamento a Huon de Villeneuve. La primitiva inspiración puede ser anterior, aunque en las más antiguas *gestas* no se encuentre mencionado ninguno de los personajes de este ciclo, que parece haberse desarrollado con independencia de los restantes. Pero con el tiempo vino a suceder lo contrario: difundida esta leyenda de Reinaldos y sus hermanos por toda Europa, y especialmente en Italia, su héroe llegó a ser uno de los más famosos, rivalizando con el mismo Roldán en los poemas caballerescos italianos, y ocupando tanto lugar en la historia poética de Carlomagno, que algunos llegaron a considerarle como centro de ella.

Quien desee conocer con todos sus detalles el antiguo cantar de los hijos de Aimon, puede acudir al tomo XXII de la *Historia literaria de Francia* (1), donde Paulino París hizo un elegante análisis de él y de sus continuadores, o al prolijo y siempre redundante León Gautier, que en el tomo III de sus *Epopéyas* (2) le dedica cerca de 50 páginas, emulando con su irrestañable prosa la verbosidad de los antiguos juglares. A nuestro propósito basta una indicación rapidísima.

Aimon de Dordogne tenía cuatro hijos, Reinaldos, Alardo, Ricardo y Guichardo. Cuando entraron en la adolescencia los llevó a París y los presentó en la corte del Emperador, quien los armó caballeros y les hizo muchas mercedes, obsequiando a Reinaldos con el caballo *Bayardo* que era hechizado. Jugando un día Reinaldos a las tablas con Bertholais, sobrino de Carlomagno, perdió éste la partida, y, ciego de rabia, dió un puñetazo a Reinaldos, el cual fué a quejarse de esta afrenta al Emperador; pero Carlos, dominado por el amor a su sobrino, no quiso hacerle justicia. Entonces Reinaldos, cambiando de lenguaje, recuerda a Carlomagno otra ofensa más grande y antigua que su familia tiene de él: la muerte de su tío Beuves de Aigremont, inicua y sentenciado por el Emperador cediendo a instigaciones de traidores.

Semejante recuerdo enciende la ira del Monarca, que responde brutalmente a Reinaldos con otro puñetazo. Reinaldos vuelve a la sala donde estaba Bertholais y le mata con el tablero de ajedrez. Los cuatro Aimones logran salvar las vidas abriéndose paso a viva fuerza; se refugian primero en la selva de las Ardenas y luego en el castillo de Montauban, y allí sostienen la guerra contra el Emperador, haciendo vida de bandoleros para mantenerse, y llegando el intrépido Reinaldos a despojar al propio Carlomagno de su corona de oro. Finalmente, ayudados por las artes mágicas de su primo hermano Maugis de Aigremont (el *Molgesí* de nuestros poetas), que con sus encantamientos infunde en Carlos un sueño letárgico y le conduce desde su tienda al castillo de Montauban, llegan a conseguir el indulto; y la canción termina con la peregrinación de Reinaldos a Tierra Santa y su vuelta a Colonia, donde muere oscuramente trabajando como obrero en la construcción de la catedral y víctima de los celos de los aprendices.

Tal es el esqueleto de la leyenda. Hay mil peripecias, que por brevedad omito, recordando sólo las escenas de miseria y hambre en que se ven obligados a devorar las carnes de sus propios caballos, a excepción del prodigioso *Bayardo*, de quien Reinaldos se

(1) *Histoire Littéraire de la France, ouvrage commencé par des Religieux Bénédictins de la Congrégation de Saint-Maur, et continué par des Membres de l'Institut (Académie des Inscriptions et Belles Lettres)*. Tomo XXII (suite du treizième siècle). Paris, 1852. Pp. 667-700.

(2) *Les Epopées Françaises*, t. III, pp. 190-801.

apiada cuando le ve arrodillarse humildemente para recibir el golpe mortal; el encuentro de Reinaldos con su madre Aya, que le reconoce por la cicatriz que tenía en la frente desde niño; la recepción de los cuatro Aimones en la casa paterna; la carrera de caballos que celebra Carlomagno con la idea de recobrar a *Bayardo*, y en que viene a quedar él mismo vergonzosamente despojado por la audacia de Reinaldos y la astucia de Malgesí; y otras mil aventuras interesantes, patéticas e ingeniosas, a las cuales sólo faltaba estar contadas en mejor estilo para ser universalmente conocidas y celebradas.

El Norte y el Mediodía de las Galias se disputan el origen de esta leyenda, inclinándose los autores de la *Historia literaria* a suponer que las primeras narraciones proceden de Bélgica o de Westfalia, más bien que de las orillas del Garona y del castillo de Montauban, lo cual tienen por una variante provenzal muy tardía. Según esta hipótesis, la historia de los cuatro hijos de Aimon hubo de correr primero, en forma oral, por los países que bañan el Mosa y el Rhin, y de allí transmitirse, con notables modificaciones, a las provincias del Mediodía. Los manuscritos del siglo XIII presentan huellas de una triple tradición, flamenca, alemana y provenzal, que a lo menos en parte había sido cantada.

A principios del siglo XV, la leyenda francesa fué refundida por autor anónimo en un poema de más de 20.000 versos, donde aparecen por primera vez los amores de Reinaldos con Clarisa, hija del rey de Gascuña. Y siguiendo todos los pasos de la degeneración épica, este poema fué, cincuenta años después, monstruosamente amplificado y convertido en prosa por un ingenio de la Corte de Borgoña en un enorme libro de caballerías que consta de cinco volúmenes o partes, de las cuales sólo la última llegó a imprimirse. No nos detendremos en otras redacciones prosaicas, bastando citar la más famosa de todas, la que hoy mismo forma parte en Francia de la librería popular, de lo que allí se llama *bibliothèque bleue* y entre nosotros *literatura de cordel*. Sus ediciones se remontan al siglo XV. La más antigua de las góticas que se citan no tiene lugar ni año; las hay también de Lyon, 1493 y 1495; de París, 1497... Las posteriores son innumerables, y llevan por lo general el título de *Histoire des quatre fils Aymon*. Se ha reimpresso con frecuencia en Épinal, en Montbelliard, en Limoges, etc., exornado con groseras aunque muy características figuras, entre las cuales nunca falta el caballo *Bayardo* llevando a los cuatro Aimones. El estilo ha sido remozado, especialmente en algunos textos (1), pero sustancialmente el cuento corresponde al del siglo XV y éste es bastante fiel a la canción de gesta del XIII. La popularidad del tema se explica no sólo por su interés humano, sino por su carácter más novelesco que histórico; por la conmiseración que inspira a lectores humildes el relato de la pobreza y penalidades de los Aimones; por la mezcla de astucia y de valor en las empresas de estos héroes; por cierto sello democrático que marca ya la transformación de la epopeya. Lo cierto es que de todas sus gloriosas tradiciones épicas, ésta es casi la única que conserva el pueblo francés, hartamente desmemoriado en este punto.

No importan a nuestro propósito las versiones inglesas y alemanas, pero no debemos omitir los poemas italianos, especialmente *La Trabisonda*, de Francesco Tromba (1518); la *Leandra innamorata* (en sexta rima), de Pedro Durante da Gualdo (Ve-

(1) Esta refundición lleva por título *Les quatre fils d'Aymon, histoire héroïque, par Huon de Villeneuve, publiée sous une forme nouvelle et dans le style moderne, avec gravures* (Paris, 1848. Dos pequeños volúmenes). Esta versión es distinta de la que se expende con el título de *Histoire des quatre fils Aymon, très nobles, très hardis et très vaillants chevaliers*. (Vid. C. Nisard, *Histoire des livres populaires ou de la littérature du colportage*, t. II, pp. 448 y ss.)

necia, 1508); *Libro d'arme e d'amore cognominato Mambriano*, de Francesco Bello, comúnmente llamado *il cieco da Ferrara* (1509), y otros, a cual más peregrinos, cuyas numerosas ediciones pueden verse registradas en las bibliografías de Ferrario y Melzi (1) sobre los libros caballerescos de Italia; terminando toda esta elaboración épica con *Il Rinaldo*, de Torquato Tasso, cuya primera edición es de 1562. Téngase en cuenta además la importancia del personaje de Reinaldos en los dos grandes poemas de Boyardo y de Ariosto. Fuera de Orlando, no hubo héroe más cantado en Italia; pero en las últimas composiciones de los ingenios e irónicos poetas del Renacimiento, apenas quedó nada del fondo tradicional del cuento de los hijos de Aimon.

De esta corriente italiana, y no de la francesa, se derivan todas las manifestaciones españolas de este ciclo. No hay que hacer excepción en cuanto a los tres romances que Wolf admitió en su *Primavera* (núms. 187-189). Los dos primeros proceden, como demostró Gastón París, de la *Leandra innamorata*; el tercero, de la *Trabisonda historiat*.

Los libros de caballerías que más expresamente tratan de las aventuras y proezas de Reinaldos son dos compilaciones de enorme volumen. La primera estaba en la librería de Don Quijote. «Tomando el barbero otro libro, dijo: Este es *Espejo de Caballerías*. Ya conozco a su merced, dijo el cura; ahí anda el señor Reinaldos de Montalbán con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin; y en verdad que estoy por condenarles no más que á destierro perpetuo, siquiera porque tiene parte de la invención del famoso Mateo Boyardo». En efecto, el *Espejo de caballerías, en el qual se tratan los hechos del conde don Roldán y del muy esforzado caballero don Reynaldos de Montalbán y de otros muchos preciados caballeros* consta de tres partes, y es, por lo menos la primera, una traducción en prosa, del *Orlando innamorato* de Boyardo. Lo restante tampoco debe ser original, puesto que se dice «traducido de lengua toscana en nuestro vulgar castellano por Pedro de Reinosa, vecino de Toledo» (2).

Hubo otra compilación, todavía más rara, la cual contiene traducidos varios poemas italianos y consta de cuatro partes. El *Libro primero del noble y esforzado caballero Reinaldos de Montalbán, y de las grandes proezas y estraños hechos en armas que él y Roldán y todos los doce pares paladines hicieron*; y el *Libro segundo... de las grandes discordias y enemistades que entre él y el Emperador Carlos hubieron, por los malos y falsos consejos del conde Galalon*, son traducción, hecha por Luis Domínguez, del libro toscano intitulado *Innamoramento di Carlo Magno* (3). *La Trapesonda, que es tercero libro de Don Renaldos, y trata cómo por sus caballerías alcanzó á ser empera-*

(1) *Bibliografia dei romanzi e poemi romanceschi d'Italia*, que sirve de apéndice y tomo cuarto a la obra del Dr. Julio Ferrario, *Storia ed annali degli antichi romanzi di cavalleria* (Milán, 1829). Melzi, *Bibliografia dei romanzi e poemi cavallereschi italiani Seconda edizione* (Milán, 1838).

(2) La más antigua edición que se cita de la primera parte del *Espejo* es de 1533, de 1536 la de la segunda y de 1550 la de la tercera, todas de Sevilla. Hállanse juntas las tres en la de Medina del Campo, por Francisco del Canto, 1586, que parece haber sido la última. La traducción no es enteramente de Reinosa; al fin de la segunda parte consta que trabajó en ella Pero López de Santa Catalina.

(3) Este origen está confesado en el encabezamiento del primer libro: «Aquí comienzan los dos libros del muy noble y esforzado caballero D. Renaldos de Montalban, llamado en lengua toscana *El enamoramiento del emperador Carlos Magno*... Traducido por Luys Domínguez». La edición más antigua que cita Gayangos es de Toledo, por Juan de Villaquirán, «á doze días del mes de Octubre de mil e quinientos y veinte y tres años»; la última de Perpiñán, 1585.

dor de Trapesonda, y de la penitencia é fin de su vida es la ya mencionada *Trabisonda historiat* de Francesco Tromba (1); y la tercera, de la cual no se conoce más que un ejemplar existente en la biblioteca de Wolfembüttel, debe de ser, a juzgar por la descripción que hace Heber de sus preliminares y portada, el famoso y curiosísimo poema macarrónico de Merlín Cocayo (*Teófilo Folengo*) (2).

En Italia había encontrado los relatos del ciclo carolingio segunda patria, supliendo la falta de una epopeya indígena. Cantados primero en francés y luego en una jerga franco-italica, antes de serlo definitivamente en italiano, pasaron como materia ruda e informe a manos de los grandes poetas del Renacimiento, Pulci, Boyardo, Ariosto, que les dieron un nuevo género de inmortalidad, tratándolos con espíritu libre e irónico. La España del siglo XVI adoptó por suyos todos estos libros. El *Morgante maggiore* estaba ya traducido en 1533 y su continuación en 1535 (3). Del *Orlando enamorado*, además de la traducción en prosa ya citada, pusieron en verso algunos cantos Francisco Garrido de Villena y Hernando de Acuña. El *Orlando furioso* tuvo tres traductores, a cual más infelices, Hernando de Alcocer, el capitán Jerónimo de Urrea y Diego Vázquez de Contreras, sin contar a Gonzalo de Oliva, cuyo trabajo, muy superior al parecer, quedó inédito (4). Otros poemas italianos de menos nombre ejercitaron también la paciencia de algunos intérpretes: Así, *El nacimiento y primeras empresas del conde Orlando*, de Ludovico Dolce, castellanizado por el regidor de Valladolid Henríquez de Calatayud en 1594. Varios ingenios españoles intentaron proseguir la *materia de Francia*, tal como la habían entendido y tratado los poetas ferrareses. En tal empresa fracasaron el valenciano Nicolás de Espinosa, que quiso continuar al Ariosto en una *Segunda parte de Orlando* (1558); el aragonés D. Martín de Bolea y Castro, que escribió una continuación del poema de Boyardo con el título de *Orlando determinado* (1578); Francisco Garrido de Villena, autor de *El verdadero suceso en la famosa batalla de*

(1) *Trabisonda historiat con le figure a li suoi canti, nella quale si contiene nobilissime battaglie, con la vita et morte di Rinaldo, di Francesco Tromba da Gualdo di Nocera. In Venetia, per Bernardino Veneziano de Vidali, nel 1518, a di 25 de Ottobre*. 4.º. Cítanse otras ediciones de 1535, 1554, 1558, 1616 y 1623. La *Trapesonda* castellana estaba ya impresa en 1526, ed. de Salamanca, citada en el *Registrum* de D. Fernando Colón.

(2) El único ejemplar conocido de este libro pertenece a la Biblioteca de Wolfembüttel: *La Trapesonda. Aquí comienza el quarto libro del esforzado caballero Reynaldos de Montalban, que trata de los grandes hechos del invencible caballero Baldo, y las graciosas burlas de Cingar. Sacado de las obras del Mano Palagrio en nuestro común castellano*. Sevilla, por Domenico de Robertis, a 18 de noviembre de 1542.

(3) *Libro del esforzado gigante Morgante y de Roldán y Reinaldos, hasta agora nunca impresso en esta lengua* (Colofón)... «Acabose el presente libro del valiente y esforzado Morgante en la insigne ciudad de Valencia, al moli de la Rovella. Fue impresso por Francisco Diaz Romano, a diez y seis dias del mes de Setiembre. Año de mil y quinientos y treynta y tres...».

Libro segundo de Morgante... Valencia, por Nicolás Durán de Salvaniach, 1535. (Trata de «las faceciosas burlas de Margute y las hazañosas victorias de Morgante; el fin de la guerra de Babilonia, con muchas otras grandes y valerosas empresas de Reinaldos y Roldán y de todos los doce pares, con los sabrosos amores del señor de Montalvan», y es traducción del *Margutino* o *Morgante Minore*). El traductor de la segunda parte fué, según N. Antonio, Jerónimo de Auner, poeta valenciano. No consta el de la primera.

Ambas partes fueron reimpresas en Sevilla, 1552.

(4) Le menciona Clemencín en sus notas al *Quijote* (t. I, pág. 121), diciendo que había visto «el original en folio escrito de mano del mismo Oliva, con sus enmiendas interlineales, y firmado en Lucena á 2 de agosto del año 1604». «Oliva (añade) evitó los numerosos defectos de Urrea: tradujo fielmente; su versificación es fácil, armoniosa, y su libro, a pesar de algunos pequeños lunares, harto más digno de ver la luz pública que los de otros muchos traductores de su tiempo». Sobre los demás poemas citados en el texto, véase el *Catálogo* de Gayangos y nuestras bibliografías generales.

Roncesvalles, con la muerte de los doce Pares de Francia (1583), y Agustín Alonso, que compuso otro Roncesvalles con las Hazañas de Bernardo del Carpio (1585). Pero luego cayó el asunto en mejores manos, y fueron verdaderos poetas los que celebraron las Lágrimas y la Hermosura de Angélica, y el inspirado Obispo de Puerto Rico que hizo resonar de nuevo el canto de guerra de Roncesvalles, dando fantástica inmortalidad al héroe de nuestras antiguas gestas en un poema que es el mejor de su género en castellano y quizá la mejor imitación del Ariosto en cualquier lugar y tiempo. Libros de caballerías son todos estos, pero la circunstancia de estar escritos en verso y contener muchos materiales de origen clásico, propios de la poesía culta del siglo XVI y ajenos a la épica de la Edad Media, los excluye de nuestro análisis, bastando notar que en algunos de ellos reaparece y domina la versión española del tema carolingio tomada de las crónicas o de los romances, pero se la trata de un modo novelesco y arbitrario, aunque a veces muy ingenioso, atendiendo sólo a recrear la imaginación y el oído con fáciles versos y peregrinas invenciones, de las que Horacio llamaba *speciosa miracula*. Todo esto no pasó de la poesía erudita; el pueblo se contentó con leer el *Fierabrás*, y ni siquiera parece haber conocido el libro popular italiano *I Reali di Francia*, que sólo muy tardíamente explotó Lope de Vega para una comedia, *La Mocedad de Roldán*, y el navarro Antonio de Eslava para algunas de sus *Noches de invierno*, no impresa hasta 1609, fuera, por consiguiente, del período que ahora estudiamos. En la literatura portuguesa no tuvo representación alguna este ciclo, como no se tenga por tal una traducción muy moderna del *Carlomagno* castellano seguida de dos extravagantes continuaciones. El gusto de aquel pueblo, inclinado con preferencia a las ficciones de la Tabla Redonda, puede explicar este vacío; pero es muy singular que se note también la literatura catalana, contra lo que pudiera esperarse de las antiguas relaciones de la Marca Hispánica con el Imperio carolingio y de la parte que tomaron los francos en la reconquista del Principado. Verdad es que en aquella privilegiada porción de España no parece haberse despertado el genio épico durante la Edad Media, dominando solas la poesía lírica, la literatura didáctica y la historia.

Antes de pasar al ciclo bretón, que comparte con el carolingio los vastos dominios de la literatura caballeresca de los tiempos medios, diremos dos palabras acerca de otras novelas no pertenecientes a dichos ciclos, algunas de las cuales pueden considerarse como de transición entre el uno y el otro. No incluiremos entre ellas las pocas que tratan asuntos de la antigüedad clásica, porque es patente su carácter erudito y su derivación literaria de obras compuestas en la decadencia greco-romana. Tal sucede con la historia fabulosa de Alejandro, que ya en el siglo II de nuestra era circulaba en Alejandría a nombre del falso Calístenes, y que antes de la mitad del siglo IV había sido traducida al latín por Julio Valerio, de cuyo obra se hizo en tiempo de Carlomagno un *Epítome* que sirvió de base a los poemas franceses del siglo XII (Alberico de Besanzón, imitado en alemán por el clérigo Lamprecht, Simón, Lamberto Li Tort y sus continuadores) (1). En España (prescindiendo de las versiones aljamiadas, cuyo origen es persa), este ciclo está representado exclusivamente por un poema de *clerecía* del siglo XIII, que, si hemos de atenernos al testimonio de un códice recientemente hallado, hay que contar entre las obras de Gonzalo de Berceo. Su erudito autor, fuese quien fuese, conoció y explotó en

(1) Todo lo relativo a las versiones francesas del ciclo de Alejandro está magistralmente expuesto en la obra de Pablo Meyer: *Alexandre le Grand dans la littérature française du moyen âge* (París, Vieweg, 1886).

El primer tomo contiene los textos y el segundo la historia de la leyenda.

gran manera dos de los poemas franceses, pero tomó por fuente principal de su obra y tradujo casi íntegramente un poema latino de fines del siglo XII, la *Alexandreis* de Gualterno de Châtillon, que representa con mucha más pureza la tradición clásica, puesto que es por lo común una paráfrasis de Quinto Curcio. El poeta castellano parece haber consultado además el *Liber de praeliis* (nueva traducción del pseudo-Calístenes hecha por el arcipreste León en el siglo X), y acaso la epístola fabulosa de Alejandro a Aristóteles sobre las maravillas de la India (1). Resultó, por consiguiente, el *Alejandro* castellano una producción de carácter mixto, en que se combinan los elementos medioevales con los clásicos, y que tiene además carácter enciclopédico por el gran número de digresiones geográficas, astronómicas y morales que contiene.

Uno de los episodios más extensos del *Alejandro* es el pasaje relativo a la guerra de Troya (estancias 299-716), que aquí por primera vez aparece en nuestra literatura y que luego tuvo numerosas versiones en prosa. Bajo el título común de *Crónica Troyana* se han confundido obras diversas, que importa deslindar aunque sea rápidamente. Cuando en los tiempos de la decadencia greco-latina comenzó a perderse el culto y hasta el sentido de la poesía homérica, popularon miserables rapsodias de sofistas que pretendían suplir lagunas de la narración, corregir errores, añadir circunstancias ignoradas por el padre de la poesía. Entonces se forjaron los dos insípidos libros que llevan los nombres de Dares frigio y Dictis cretense (2), supuestos héroes de la guerra de Troya y testigos de su ruina, aunque en opuestos campos. Todo mueve a creer que estas crónicas fabulosas se escribieron primeramente en griego, pero no las tenemos más que en latín. La de Dares se dice encontrada y traducida por Cornelio Nepote y dedicada por él a Salustio; embrollo y ficción pura, que se desmiente por lo bárbaro del estilo, indigno de la era de Augusto. En la obra de Dictis, que está mejor escrita, comienza la novela desde el prefacio. Un temblor de tierra dejó patente, en tiempo de Nerón, el sepulcro del guerrero cretense cerca de Gnoso; en él pareció una caja de plomo, que contenía, escritas en caracteres fenicios, sus memorias sobre el sitio de Troya; un tal Eupraxidas las tradujo al griego, y las puso en latín Lucio Septimio. Pero la crítica más benévola no concede a esta falsificación mayor antigüedad que la del siglo IV. El libro atribuido a Dares es un epítome sumamente descarnado, en que apenas ofrece interés otra cosa que el episodio de los amores de Polixena y muerte de Aquiles. El general, se aparta menos que Dictis de la tradición homérica; el falso griego demuestra más talento de invención que el falso troyano. Personajes secundarios de la antigua epopeya, como Palamedes, Troilo, tienen aquí una leyenda muy desarrollada.

Olvidado Homero en la Edad Media o sustituido a lo sumo con el epítome del pseudo-Píndaro tebano, los poetas en lengua vulgar y aun los clérigos que cultivaban exclusivamente la latina se lanzaron ávidamente sobre las novelas de Dictis y Dares, que afectaban gran puntualidad histórica, y en la cándida ignorancia de aquellos tiempos pasaban por libros auténticos y mucho más fidedignos que la *Iliada*, a cuyo autor se tachaba de mentiroso y mal informado (3). Un poeta de Turena, Benito de Sainte-More,

(1) Véase el precioso estudio de Alfredo Morel-Fatio, *Recherches sur le texte et les sources du «Libro de Alexandre»* (Romania, t. IV, 1875).

(2) *Dictys Cretensis sive Lucii Septimi Ephemerides belli Troiani... Accedit Daretis Phrygii de excidio Troiae historia... Bonnae, impensis, E. Weberii, 1837.*

(3) «Todos aquellos que verdaderamente quisieredes saber la estoria de Troya (dice la traducción castellana del poema de Benoit de Sainte-More) non leades por un libro que Omero fiso; et desirvos he por qual rason. Sabet que Omero fue un gran sabidor et fiso un libro, en que escrivio toda la estoria de Troya, assi commo el aprendio; et puso en el commo fuera